



Juan Cervera

Teatro para niños

Índice

La experiencia desmitificadora
Antecrítica y filiación
Presentación y enlace
Los tordos
La bolsa
Coser y cantar
Los pasteleros

La experiencia desmitificadora
La decisión de montar en el Teatro Español, de Madrid¹, en la temporada 1972-73, un espectáculo desmitificado, obligó a preparar diversos textos breves que, oportunamente enlazados, iban a ostentar el título colectivo de La noche de los cuentos fantásticos. En realidad, el título ofrecía más contrapunto que coincidencias con los textos escogidos y, sobre todo, con el tratamiento a que iban a someterse.
En efecto, se pretendía que el distanciamiento situara al espectador

infantil no solamente en actitud crítica, sino también en disposición de introducirse en los secretos del arte dramático, no tanto con el fin de enseñarle teatro cuanto de mostrarle cómo es el teatro por dentro. Por consiguiente, no interesaba presentarle al niño los efectos como trucos indescifrables, sino desentrañárselos como recursos al alcance -8- de su inteligencia y demostrarle así que el verismo del arte teatral no encierra misterio alguno, sino simple habilidad.

Puestos en esta línea, hay que admitir que con frecuencia nos encontramos con que los espectáculos pensados para niños ofrecen rasgos de violencia, de crueldad, de injusticia y otras manifestaciones de maldad. Ni siquiera con el correctivo fácil de la moraleja, o con el triunfo del bien sobre el mal, se le puede evitar al niño el dolor, la tensión desagradable o la llamada a lo morboso. En todo caso estas enmiendas a posteriori acudirán a borrar efectos que no se han prevenido. De esto se trataba precisamente. Y para ello, evitarle al niño su identificación total con el espectáculo parecía fundamental. En este aspecto el teatro está más al alcance del educador que el cine o la televisión, más sometidos a las exigencias del espectáculo. La experiencia era tanto más tentadora cuanto que ofrecía oportunidad, a través del teatro, de influir en la visión global del niño respecto a todo tipo de espectáculo. Obsérvese de paso cómo hasta el adulto tiende a atribuir al actor y presentador de televisión, de ordinario mero instrumento transmisor, las ideas del guionista, que pasa desapercibido. Es un fenómeno curioso de identificación producido a niveles inexplicables.

Pero como esta prevención debía darse en el propio ambiente y con los propios recursos, pareció justo echar mano de los procedimientos desmitificadores de que dispone el teatro.

-9-

Los textos desmitificados

Para esta experiencia se barajaron varios textos, algunos de los cuales se montaron en Festivales de España el verano anterior. Al final quedaron como definitivas nuestras versiones de La tina de la colada, Maese Mimín y Maese Patelín, contenidas en el número 1 de la Colección Bambalinas bajo el nombre genérico de Tres farsas francesas. Otros textos ensayados con esta finalidad fueron rechazados porque, al tratarse de piezas de más reciente composición, no se prestaban tanto a la experiencia. Se aceptaban estos porque presentan los inconvenientes de los textos clásicos o medievales adaptados para niños: presencia de la violencia, manifestaciones amorosas, vocabulario difícil, moral burguesa -con predominio de la astucia sobre la verdad-, palabras o situaciones que rozan la grosería en ocasiones. Evidentemente la sola coincidencia de contravalores no hubiera justificado la elección de este soporte literario. Por fortuna, estos textos, sobradamente conocidos, suman valores suficientes para su frecuente utilización.

«La tina de la colada»

Encierra una situación de violencia y de venganza clarísimas. Juanita y su madre se imponen por la fuerza a Jacobo, esposo de aquella, y le obligan a firmar un pergamino que es el repertorio de todos -10- sus deberes. Jacobo recupera su libertad dejándolas sumidas y a punto de ahogarse en la tina de la colada. Y no las libera hasta que acceden a renunciar a las exigencias respaldadas por el pergamino que firmó a pesar suyo. Un tratamiento que destaque la dosis de humor que tiene la historieta basta para distanciar su contenido de la realidad. No obstante, para conseguir desmitificar las situaciones que puedan oler a crueldad, se deja ver claramente que la tina no contiene agua, pues los cubos con que se la vierten están vacíos. Ni siquiera la tina es tal, porque al principio se la muestra como sencillo artefacto escenográfico abierto por atrás. Y el rumor del chapoteo de la hija y la madre que se ahogan se logra manipulando un micrófono dentro de un cubo de agua a la vista del público, de forma paralela a la acción, aunque con sincronización no siempre perfecta.

«Maese Mimín»

La pedantería de Mimín, que ha olvidado la lengua materna y sólo sabe hablar la latina, crea de por sí una situación ridícula a la hora de contraer matrimonio con su prometida, sencilla lugareña, en esta piececita de raíz eminentemente literaria.

La utilería -muñeca y jaula ridículas-; el vestuario de Magister Aliborón, que encarna la avaricia y la pedantería; la forma de tomar el vino, causa de la reacción de Mimín; la irrupción en las tablas -11- del público, que quiere participar en el convite de la boda frustrada; la misma declamación absurda del latín, son elementos distanciantes que permiten destacar más las aristas de personajes, en los que sobresale la caricatura por encima de todo.

«Maese Patelín»

Contiene de por sí elementos desmitificadores, pues las situaciones de engaño que se producen para el Pañero están tramadas por Patelín, Guillermina y Corderillo a la vista del público y con su complicidad, motivo principal de hilaridad ante las reacciones del personaje engañado. Estas situaciones no son reales, sino ostensiblemente fingidas y

anticonvencionales. Aunque la burla posterior de Corderillo a Patelín quede ya más velada para el público en su planeamiento, no lo está tanto que no deje entrever las intenciones del astuto pastor.

Se introduce un diálogo inicial con la explicación de términos difíciles que luego se oirán subrayar en la declamación, y esta se interrumpe también con aclaraciones sobre el mismo texto hechas por los propios actores e intencionadamente olvidadas. Incluso se reclama la presencia del apuntador, que, libro en mano, ayuda a reanudar el hilo roto de la representación.

Cualquier posibilidad de alienación del público infantil en aras del espectáculo fácilmente queda alejada.

-12-

A todo lo anterior, añádase que los actores aparecen entre el auditorio con traje de calle, que se disfrazan ante el público, que se mezclan los personajes dramáticos con los de la vida real, que ejecutan los trucos y cambios a la vista del público y que, en la presentación, descubren los actores su personalidad al dar sus nombres y apellidos y explicar algunas de sus actividades en el teatro, cine o televisión, e incluso reclaman la presencia y ayuda del regidor para producir algunos efectos. Y desempeñan estos actores, como es corriente en algunas representaciones, papeles de objetos, como puertas, mesas, tienda y demás, con las actitudes y carteles alusivos.

El espectador infantil, que con frecuencia es la primera vez que presencia una representación teatral «en directo», no entra en un mundo de realidades, sino de ficciones y de juego, gracias a que el tratamiento naturalista, tantas veces inútilmente perseguido, se sustituye por la desmitificación, sin alterar el contenido de textos que conservan sus cualidades y defectos primigenios.

La continuación de la experiencia

Dejar constancia de esta experiencia realizada en el Teatro Español, de Madrid, no es simple afán de cronista, sino sugerencia oportuna para nuevas experiencias y aplicaciones con los textos que contiene el presente número de la Colección Bambalinas.

-13-

Por ello no parece ocioso recordar que en estos textos fácilmente se encontrarán apoyos que secunden el intento desmitificador: la fuerte aportación del mimo, las escenas simultáneas, la incitación a la participación, la caricatura farsesca, los abusos en el lenguaje y otros aspectos que el sagaz director sabrá descubrir proporcionarán elementos suficientes para darle esta nueva dimensión al espectáculo, sin que esto suponga tener que renunciar a otros tratamientos posibles.

Juan Cervera

Antecrítica y filiación

El título Teatro para niños que apadrina a estas cuatro piezas está utilizado con toda intención para catalogarlas desde el principio. Como es bien sabido, el teatro para niños exige actores, profesionales o aficionados, de mayores posibilidades expresivas que el niño espectador. Es el teatro espectáculo. Mientras que el teatro de niños, o teatro expresión, queriendo explotar al máximo la creatividad del niño, a él recurre como fuente principal del texto y como intérprete del mismo. Esta aclaración parece fundamental para el adecuado uso de estos textos y su posterior enjuiciamiento.

Repetidos contactos tenidos con las farsas francesas medievales han sido más que aliciente tentación irresistible para aprovechar algunos de sus esquemas y darles nueva vida, incluso con variaciones tan fundamentales que pueden dejar los viejos temas irreconocibles. En efecto, la farsa francesa, anónima, -16- popular, siempre con su halo de ingenuidad, se pone aquí al servicio de quehaceres educativos que exigen las técnicas actuales de distanciamiento, participación o desmitificación.

El peligro que acecha a un experimento de este tipo es que la elaboración, meticulosamente planeada y rigurosamente, ejecutada, dé como resultado un producto híbrido de pretensiones y de fracaso que huelga más a laboratorio que a sencilla y espontánea creación artística, características, estas últimas, imprescindibles para toda muestra de teatro infantil que además pretenda ser popular.

La imaginación necesitaba para este menester elementos de pronto manejo y de fácil incrustación. Y, caso de dar con ellos, la fusión tenía que ser completa para evitar la sensación de «collage» inmaduro e inoportuno. En «Los tordos», la contaminación se ha logrado de tal forma que de la «Farsa del calderero» y de un cuentecillo popular valenciano -«Yo tres y tú dos»-, se ha conseguido una pieza nueva. «La bolsa» parte de un esquema emparentado a su vez con el «Patelín», la reina de las farsas francesas, pero introduce situaciones, personajes y motivaciones, unas veces genéricas de la farsa francesa, otras de recuerdos populares más extendidos. «Los pasteleros», con evidentes reminiscencias de «El pastel y la tarta» llega a plantear situaciones que no están del todo agotadas, sino que dejan amplio campo a la fabulación del espectador que en todas partes descubre sugerencias proyectadas -17- hacia otros terrenos. Y la distorsionada y convulsiva «Coser y cantar», aparte sumar atisbos de crítica con propensión al ridículo; recuerda, aunque de forma atenuada, al ingenioso criado del dueño avaro, figura intrigante de la incipiente farándula, que luego será pieza clave de nuestra literatura picaresca. Párrafo aparte exigirían las canciones populares españolas engastadas en la acción. Cuando así lo ha pedido esta, sus versos se han plegado ante nuevas ideas para conseguir la auténtica contaminación. Cuando ha parecido que la misma letra podía incorporarse, se ha aceptado con la convicción, intuitiva y pretendida, de provocar la fácil participación del público infantil. Esta participación activa, tumultuosa a veces, preconizada en el

libro, tal vez sea uno de los mayores aciertos sobre todo porque propicia la ocasión de juego y acentúa el carácter lúdico del teatro infantil. En la misma línea, el distanciamiento previsto para algunas escenas violentas o ineducativas -palos, borrachera, engaños- pide para la puesta en escena el tratamiento caricaturesco tan propio de la farsa que, al darle aire nuevo, neutraliza situaciones tenidas tradicionalmente como nocivas. La simultaneidad empleada casi con timidez en alguna ocasión, y la brusca yuxtaposición de cuadros pretenden verificar la «capacidad lectora» del joven espectador por otra parte habituado ya; gracias al lenguaje del cine, de la televisión y del tebeo, -18- a la acción en paralelo y a las fuertes transiciones elípticas.

Todo ello dentro de un ambiente fantástico-realista, que no desmiente ninguno de los dos componentes del binomio, sino que coordina la acción para un ritmo constantemente mantenido y continuamente espoleado. Precisamente aquí cabe destacar la función desmitificadora del espectáculo que hemos querido presente en todas y en cada una de las farsas y que se anuncia ya desde la presentación.

Pero la búsqueda de una desmitificación que no desilusione obliga a la pirueta del prestidigitador que cuando explica uno de sus trucos acaba empleando otro que queda sin aclarar como punzante interrogante en la mente del espectador que lejos de abocar en el relativismo y escepticismo propensos a engendrar situaciones como esta, se siente impelido a mayor búsqueda y a nueva indagación, convencido -y esto es lo más estimulante del caso- de que se alcanzará a desentrañar también el nuevo misterio. La acumulación de términos difíciles en una de las farsas puede suscitar escepticismo y tal vez protestas en algunas mentes dispuestas a facilitarle al niño hasta la comprensión de lo incomprensible. Se puede olvidar a veces que la creación de un determinado clima en teatro es más importante que la lógica. Y el recuerdo de aquel «Maese Mimín», que desde las pantallas de televisión hizo reír con sus impertinentes latines a miles de niños carentes, naturalmente, -19- de las más elementales nociones de la lengua de Cicerón, ha tenido no poca culpa de esas interminables sartas de especialidades pasteras capaces de empalagar oídos y paladares.

J. C.

-[20]- -21-

Presentación y enlace

Las líneas que siguen pretenden dar una idea de cómo puede hacerse la presentación de estas cuatro farsas que enlazadas constituyen materia suficiente para un espectáculo teatral de duración normal para niños. En estas frases de presentación y de enlace, como en todo el texto, se propugna sencillamente introducir al joven espectador y despertar su interés, de acuerdo con las perspectivas de la desmitificación.

Aparece el PRESENTADOR. Irá vestido de calle.

A la vez que aparece en escena, como huyendo, se oye un trueno. Tiemblan o se apagan y encienden las luces rápidamente, como en un relámpago.

PRESENTADOR.- Esta sí que es tormenta. ¡Santa Bárbara bendita! Y menos mal que he dado con esta cueva, donde puedo guarecerme bien. (Mira en derredor aferrado a la idea de la cueva, con evidente contradicción con el decorado.) Aquí creo yo -22- que podré cobijarme con mis amigos y pasar la noche, esta noche tan oscura. (Nuevo trueno y nuevo guiño de luces.) Pero cómo está el tiempo. Esta cueva es una suerte. Aquí, al calor de esta hoguera (Acerca las manos como para calentarse.) nos podremos reponer un poco y secaremos nuestras ropas completamente empapadas. (Se mira la ropa.) ¡Vaya! Yo creo que he exagerado algo: bastante mojadas solamente. De seguro que si retorciera estas ropas para escurrirlas (Gesto alusivo.) iba a caer buena cantidad de agua... (Mira como con culpabilidad al público.) , o a lo mejor no caía mucha porque este fuego (Acerca más las manos.) calienta tanto (Las mete.) que ¡ay! Por poco me quemo..., o no me quemo....

VOZ DESDE DENTRO.- ¡Juan Antonio! (O como se llame el actor.)

PRESENTADOR.- (Disimulando.) ¡Otro trueno!

VOZ DESDE DENTRO.- (Más alto.) ¡Juan Antonio!

PRESENTADOR.- ¡Otro trueno!

ACTOR 1.º- (Apareciendo como terminando de vestirse.) Venga, déjate de truenos y de tontunas.

PRESENTADOR.- Oye, que yo no digo tonterías.

ACTOR 1.º- Venga, date prisa, que el maquillador (Gestos alusivos al maquillaje.) te está esperando y no puedes salir a escena así.

PRESENTADOR.- Pero no digas eso. ¡Hala!, vete y déjame terminar.

(El ACTOR 1.º hace como que se retira, pero espera para oír lo que dice el PRESENTADOR.) Estamos aquí en esta cueva, huyendo de -23- la lluvia (Cara de sorpresa del ACTOR 1.º) con este fuego

(Mayor sorpresa del ACTOR 1.º) , pero los truenos....

ACTOR 1.º- (Interrumpiendo.) Y ahora, una de indios.

PRESENTADOR.- ¡Chist!

ACTOR 1.º- Pero, hombre, ¿dónde vas con todas esas mentiras?

PRESENTADOR.- No digas eso. ¿Mentiras?

ACTOR 1.º- Sí, mentiras. Esto no es una cueva, sino un escenario.

Aquí (Señala.) no hay fuego. Tú ropa no está mojada.

PRESENTADOR.- Sí, pero los truenos.

ACTOR 1.º- Los truenos los hace el regidor. (Hacia dentro.)

Regidor, haz un trueno y un relámpago. (Lo hace inmediatamente.)

No le ha salido del todo mal.

PRESENTADOR.- (Derrotado.) Me parece que no nos van a creer.

ACTOR 1.º- ¿Que no nos van a creer? Nadie nos va a creer si decimos mentiras, pero si decimos la verdad....

PRESENTADOR.- ¡Ay, la verdad!

ACTOR 1.º- (Confidencial.) ¿Qué les vas a decir? ¿Eso que cuentas siempre de que ha habido una tormenta y que nos hemos refugiado en esta cueva y que para pasar el rato contamos unos cuentos y así se forma «La noche de los cuentos fantásticos»?

PRESENTADOR.- (Compungido.) Sí, claro, eso. (Con -24- entusiasmo.) «La noche de los cuentos fantásticos».

ACTOR 1.º- (Cortando.) Pues eso. ¿Y para qué hace falta mentir?

PRESENTADOR.- Bueno, como siempre....

ACTOR 2.º- (Aparece indignado.) Ya está bien. Entrad los dos y terminad de arreglaros. Ya hablaré yo con estos amigos míos. (Se resisten los dos actores.) ¡Largo! ¡Adentro! Si no, no empieza la función, (Al público.) Amigos, aquí estamos para representar teatro. Nada de «noche», ni de «cuentos fantásticos». Aquí no huimos de la tormenta. (Trueno.) Bueno, eso habrá sido un descuido del regidor, porque este trueno no estaba marcado. Nosotros somos actores, pero no engañamos. Hacemos teatro, que es una bonita manera de contar cosas interesantes. Contamos, mejor dicho, representamos unas historietas que pueden ser verdad o pueden no serlo, pero que nosotros quisiéramos que fueran del agrado de todos. Porque con ellas queremos divertirlos, pero también enseñaros alguna cosa. Por ejemplo, los hombres desean dinero a toda costa y hacen muchas cosas para conseguirlo. Y eso lo hacen porque el dinero es necesario. Y para conseguirlo trabajan. Pero a veces los hombres se vuelven ambiciosos y quieren más dinero del que necesitan; o egoístas, y solo lo quieren para sí; o ladrones, y quieren el dinero sin trabajar; o avarientos, y son injustos con los demás hombres para tener ellos todo el dinero. Y el -25- dinero tiene muchas formas de presentarse. Muchas. A veces el dinero se presenta bajo la forma de... (Se apagan las luces. Luz negra. Como en una fantasmagoría desfilan los objetos representativos de cada una de las farsas. Estos objetos, fluorescentes, han de destacar sobre la oscuridad del conjunto. Pueden pasar y repasar lentamente ante el espectador al compás de alguna de las melodías de los cantos incluidos en las farsas, mientras el ACTOR 2.º dice lentamente también las palabras que subrayan la presencia de cada uno de ellos.) exquisitos manjares (Cazuela que alude a la farsa de «Los tordos».) , que se prefieren a otros muchos alimentos solamente porque gustan más...; vestidos (Un vestido de señora, que alude a la farsa de «La bolsa».) , porque con ellos se quiere lucir, presumir de riqueza ante las gentes...; pasteles y tartas (Un pastel y una tarta, alusivos a la farsa de «Los pasteleros».) que se comen más con los ojos que con la boca...; tijeras (Unas tijeras gigantes que pasan como cortando a lo largo de todo el escenario, alusivas a la farsa «Coser y cantar».) , que sirven para trabajar y para cortar sabe Dios cuántas cosas.... (Las tijeras quedan como paradas al extremo. De pronto se cierran de golpe, acompañadas del chasquido característico, a la vez que se hace la luz y termina la fantasmagoría, mientras la voz del ACTOR, desde dentro, anuncia:) ¡Empiezan las farsas con «Los tordos»!

(Cada una de las farsas siguientes puede anunciarse con las luces de la escena apagadas, con la luz negra y exhibiéndose el objeto u objetos que haya servido en la presentación para identificarlas. Un actor dirá clara y distintamente el título de cada una de ellas: «La bolsa», «Los pasteleros», «Coser y cantar».)

-27-

Los tordos

PERSONAJES

FROILÁN, marido.

MATURINA, su mujer.

CALDERERO

Entra FROILÁN en escena y da la impresión de regresar del trabajo. Mientras se va aligerando algo de ropa, oye cantar con disgusto a su mujer desde dentro:

MATURINA

(Cantando.)

El calderero
por las esquinas
va pregonando
su mercancía.
Vendo tijeras,
vendo cuchillos;
sueldo peroles,
sueldo lebrillos.

-[28]-

-29-

FROILÁN.- ¡Maturina! ¡Maturina!

MATURINA.- (Interrumpiendo.) ¿Ya estás ahí?

FROILÁN.- Sí, ya he llegado. (Se asoma ella.) Anda, prepárame el agua caliente para que pueda lavarme. (Se sienta e intenta quitarse las botas.) ¡Estas malditas botas!

MATURINA.- (Mimosa.) Te saco en seguida, el agua para que te laves.

FROILÁN.- Bien. ¿Qué has preparado para comer?
MATURINA.- (Se vuelve a asomar.) A que no lo adivinas. Un poco de ensalada con queso.
FROILÁN.- Como cada día.
MATURINA.- Alcachofas con ternera a la brasa.
FROILÁN.- Para no variar.
MATURINA.- Pepinillo con vinagre y...
FROILÁN.- Y pescado al horno.
MATURINA.- (Algo molesta.) Sí, desde luego. (Cambiando.) Pero tu mujercita, además, te ha preparado una sorpresa.
FROILÁN.- ¿Otra?
MATURINA.- (Sacando un lebrillo y dejándolo delante de FROILÁN.) ¿Cómo que otra? Claro que sí. Una sorpresa de verdad, de las que te gustan.
FROILÁN.- ¡Vaya!
MATURINA.- ¿No te acuerdas que ayer fuiste de caza y trajiste cinco tordos?
FROILÁN.- Sí; claro. (Con cara de satisfacción.) Cinco tordos hermosotes como perdices. ¡Vaya! ¿Los cinco tordos asaditos? (Frotándose las manos.)
MATURINA.- (Le enseña la cazuela con los tordos.) -30- Sí, pero con piñones, con nuez moscada, con sofrito de cebolla... (Entra en la cocina para dejarla.)
FROILÁN.- Vamos, que has echado la casa por la ventana. Pues, mira. Yo dejo el pescado y la ternera para ti, y me como los tordos.
MATURINA.- ¿Estás loco? Los tordos son para los dos; nos los partiremos.
FROILÁN.- (Incorporándose.) ¿Quién ha cazado los tordos?
MATURINA.- ¿Quién ha guisado los tordos?
FROILÁN.- No sé si he oído bien. ¿Quién ha cazado los tordos?
MATURINA.- No sé si he oído bien. ¿Quién ha guisado los tordos?
FROILÁN.- ¿Quién?
MATURINA.- ¿Quién?
FROILÁN.- Eso digo yo: ¿quién?
MATURINA.- Eso digo yo: ¿quién?

(Música.)

(Se quedan los dos en situación tensa durante unos instantes, mirándose de forma desafiante. Hasta que, de pronto, se echan a reír los dos. Después de unas carcajadas exclaman a la vez:)

FROILÁN Y MATURINA.- ¡Nos los repartiremos equitativamente!
FROILÁN.- Eso es, equitativamente. (Recalcando las palabras.) A partes iguales.

-31-

MATURINA.- (Untuosa.) Eso es, a partes iguales: yo tres y tú dos.

FROILÁN.- (Distraído.) Menos mal que entras en razón, por una vez. Yo tres y tú dos.

MATURINA.- No, no. Yo tres y tú dos.

FROILÁN.- Me parece que no he oído bien. Yo tres... y tú dos.

MATURINA.- Yo tres... y tú dos.

FROILÁN.- (Subiendo ambos cada vez más el tono.) Yo tres y tú dos.

MATURINA.- Yo tres y tú dos.

FROILÁN.- Yo tres.

MATURINA.- Yo tres.

FROILÁN.- ...y tú dos.

MATURINA.- ...y tú dos.

(Quedan como antes, enfrentados y en silencio. MATURINA le da la espalda y empieza un mohín como si quisiera llorar.)

FROILÁN.- (Conciliador, pero autoritario.) Tienes que darte cuenta de que a mí me corresponde la mayor parte, porque soy la autoridad de la casa. Y además he cazado los tordos. Mientras yo estoy trabajando en el campo todos los días, o cazando, tú estás en casa limpiando la vajilla, cantando canciones, y yo tengo que darme buenas caminatas.

MATURINA.- (A punto de estallar.) Sí, mientras tú estás paseando y tomando el aire y comiendo las -32- peras y las manzanas al pie del árbol, yo estoy barriendo y fregando el suelo y aguantando el humo de la cocina y llorando (Empieza a hacerlo.) cuando corto cebollas. Lo que pasa es que no te gusta oírme cantar.

FROILÁN.- Lo que pasa es que no paras de charlar.

MATURINA.- Lo que pasa....

FROILÁN.- ¿Qué pasa?

MATURINA.- Yo tres y tú dos.

FROILÁN.- (Como cogido por sorpresa.) Yo tres y tú dos.

MATURINA.- Yo tres y tú dos.

FROILÁN.- Yo tres y tú dos.

MATURINA.- Yo tres.

FROILÁN.- Tú dos.

MATURINA.- Yo tres.

FROILÁN.- Tú dos.

(Misma actitud de antes, pero cortan más rápidamente.)

MATURINA.- Mira, Froilán, como me has reprochado eso de que siempre estoy cantando y charlando, te propongo una apuesta.

FROILÁN.- (Que está con un pie calzado y con el otro descalzo a medio lavar.) ¿Una apuesta? A ver qué triquiñuela será esa.

MATURINA.- Sí. No voy a hablar nunca más.

FROILÁN.- (Medio riendo.) ¿Cómo? ¿He oído bien?

MATURINA.- (Resuelta.) Sí. Desde ahora no voy a -33- decir

una sola palabra hasta que tú no hayas hablado primero.

FROILÁN.- No me lo creo. ¿Y eso?

MATURINA.- ¿No entiendes? El primero que hable pierde la apuesta.

(FROILÁN cae.) Y en consecuencia comerá sólo dos tordos y el otro... tres. ¿Te parece bien?

FROILÁN.- (Hace gestos como recapacitando lentamente la propuesta.

Al fin, como iluminado.) ¡Magnífico!

MATURINA.- ¿De acuerdo?

FROILÁN.- De acuerdo.

MATURINA.- Pues, a la una, a las dos....

FROILÁN.- Espera un momento.

MATURINA.- (Para provocarle.) No, no.... ¡A las tres! ¡Hum! (Le saca la lengua.)

(Música.)

(FROILÁN hace ademán de querer hablar.... Pero, como vencido, se vuelve atrás para no perder la apuesta. FROILÁN le hace señas para indicarle a MATURINA que le hace falta una toalla para secarse los pies, pero ella se ha sentado en el suelo al estilo moruno, con las piernas cruzadas, y se ha cruzado de brazos sobre el pecho, como una estatua egipcia. FROILÁN hace gestos como vencido. Con un pie calzado y el otro descalzo, marchando a la pata coja, entra en la cocina, a la izquierda. Ella se sonríe. De pronto se oye estrépito como de cacerolas -34- que caen. Ella se ríe más. FROILÁN sale, medio abatido, se calza parsimoniosamente y al fin se sienta en el suelo, como ella, de forma que compongan un cuadro plástico, uno a cada lado y el lebrillo en medio.)

(Él se siente preocupado y la mira. Ella vuelve la cabeza hacia él y por gestos, como provocándolo, le dice, mostrándole los dedos: «Yo, tres; tú, dos». Este juego, al principio, se hará muy despacio, para que el público lo entienda, luego se hará más rápidamente. Él, alarmado, reacciona y empieza el juego, que se repetirá varias veces. Mientras tanto, se oyen a lo lejos las voces del CALDERERO, que va llegando.)

VOZ DEL CALDERERO.- (Más cerca.) ¡El... caldereroooo!... ¡El caldereroooo! Se arreglan calderos, lebrillos, cazuelas..., peroles....

(Repiten los gestos de «yo, tres, y tú, dos».)

CALDERERO.- (Asomando con su hatillo al hombro.) ¡El cal... (Se

queda sorprendido al verlos en tal actitud.) ...derero! ¿Eh? (Los mira perplejo. Los dos quedan fijos como estatuas, inexpresivos como dos momias.) Calderos, lebrillos, cazuelas, ollas..., pero...les. (Se coloca en medio de ellos y los mira alternativamente, a la vez que se rasca la cabeza.) ¿No tenéis calderos que arreglar? (Se dirige al -35- HOMBRE.) ¿Estás sordo? (A ella.) ¿Estás sorda? (A él.) ¿Tenéis jofainas o calderos que lañar? (A ella.) ¿Ollas, cazuelas, sartenes? ¡Vaya misterio! Aquí pasa algo raro. O se han quedado mudos, o están muertos, o me toman el pelo.... (Se lo toca. Gesto de desencanto.) Veamos cómo están. (Le toca la frente a él, luego la mejilla a ella, que se sonríe un poquito.) Anda, pues no están muertos. Y ella hasta se sonríe. (Indignación de él.) Pero, patrón, no te lo tomes así. (Se interrumpe.) ¡Ah, ya! A que adivino lo que pasa. Os habéis tragado una mosca y la guardáis en la boca para que no se escape.... (Por el lebrillo.) Y este lebrillo, ¿está roto? No, no lo parece, pues el agua no se sale. Pero decid algo. Aunque sólo sea «buenas tardes», por educación. (Mira los cachivaches de la escena.) Ni que fuerais estatuas. ¿Y este caldero? (Toma un calderete pequeño. Tiene agua.) ¡Lástima, tampoco está roto! (Vierte el agua en el lebrillo.) Este para ti. (Se lo coloca al MARIDO como sombrero, pero dejándole descubiertos los ojos para que vea. Ella sonríe.) Y esto para ti. (Toma la toalla y se la coloca en la cabeza y la deja como si fuera una momia egipcia. Los mira de espaldas.) No están mal. (De pronto ella le hace a él el consabido gesto: «Yo, tres, y tú, dos».) ¿Eh? (Él lo repite.) ¿Eh? (Repiten el juego otra vez. El CALDERERO también imita el juego, pero dando a entender que no sabe lo que significa.)

¡Ah! (De pronto, inspirado.) Bueno, me daré una vuelta por la cocina a ver si hay alguna cosilla -36- que arreglar. (Gesto de ellos: «Yo, tres, y tú, dos». Lo repetirán cada vez que se queden solos.)

(Vuelve el CALDERERO examinando una perola.)

Este está bien. (Aparece satisfecho por detrás de FROILÁN y MATURINA, con la cazuela de los tordos. Gestos de satisfacción. Se retira y empieza a cantar.)

(Cantando.)

La cazuela de los tordos
se está quedando vacía
mientras el dueño y la dueña,
muertos de hambre, ¡ay qué risa!

(Música.)

(Mientras tanto, él y ella seguirán haciéndose mutuamente los gestos de «yo, tres, y tú, dos», y el CALDERERO irá entrando y saliendo comiéndose los tordos, que irán desapareciendo de la cazuela.)

(Cantando.)

¡Ay, chúngala, catacachúngala!

¡Ay, chúngala, catacachón!

¡Ay, chúngala, cómo me río
con todo mi corazón!

(Bis.)

Y ahora, como vosotros os habéis quedado mudos, y supongo que también sordos, os voy a decir un secreto: todos vuestros peroles y cazuelas están en perfecto estado de conservación, y sobre todo muy limpios, muy limpios, incluso esta que queda aquí.

(Y dejará por detrás la cazuela de los tordos vacía, mientras echará a correr. FROILÁN y MATURINA se -37- volverán a la vez, como autómatas, y mirarán la cazuela vacía. Y mirarán a uno y otro lado, como para perseguirlo.)

FROILÁN.- ¡Ah, bribón!

MATURINA.- ¡Ah, sinvergüenza!

FROILÁN.- ¡Ah, malandrín!

MATURINA.- ¡Ah, comilón!

(Luego se volverán rápidamente con las escobas en alto, como para atacarse. Pero quedarán paralizados repentinamente y las bajarán lentamente, para acabar diciendo a la vez:)

FROILÁN.- ¡Qué lástima que no podamos decir ahora....

MATURINA.- Yo, dos....

FROILÁN.- ... y tú, tres!

(Y empezarán a hacerse los gestos de rigor, lentamente, pero al revés, mirándose compungidos el uno al otro, como si dijeran: «Yo, dos, y tú, tres». Mientras tanto volverá a oírse la musiquilla de «La cazuela de los tordos» y caerá lentamente el telón.)

FIN

-[38]- -39-

La bolsa

PERSONAJES

REINALDO, mago.
SECUNDINA, ingenua.
ZAPATERO, marido.
MARIANO, criado tonto.

Cuadro I

Derecha, interior de una posada. Izquierda, taller de zapatería.

REINALDO.- (Haciendo juegos de manos.) Pinto, pinto, gorgorito, de aquí sale un pajarito. (Se lo saca de la manga.)

SECUNDINA.- ¡Oh! ¡Qué gracioso! Si parece que va a hablar.

REINALDO.- (Repite el juego.) Pinto, pinto, gorgorito, ya se marcha el pajarito. (Lo escamotea.)

SECUNDINA.- ¡Ay! ¡Qué pena! Se ha ido. ¡Que vuelva, que vuelva, Maese Reinaldo!

-[40]-

-41-

REINALDO.- Basta ya de pajaritos. Esto era para probar el poder de mi arte de magia. Soy capaz de convencer a las personas más testarudas.

SECUNDINA.- ¡Ah!

REINALDO.- ¿Que tu marido no te quiere comprar el vestido que necesitas? Mi arte (Gesto misterioso.) le convencerá.

SECUNDINA.- Pero, ¿cómo?

REINALDO.- Con mi maravilloso poder. (Gestos misteriosos.) Como el pajarito.

SECUNDINA.- Pero, Maese Reinaldo, ¿no hará mi marido como siempre que le pido algo, que se pone a cantar y no contesta?

REINALDO.- Veamos, ¿cómo pides las cosas a tu marido? ¿Cómo responde él? Y sobre todo, ¿dónde guarda el dinero?

MARIANO.- (Aparece.) Señora, ¿quiere que...?

SECUNDINA.- Tú a trabajar.

REINALDO.- ¿Quién es?

SECUNDINA.- No le haga caso. Un criado tonto. No entiende nada.

REINALDO.- Decía....

SECUNDINA.- ¡Ah, sí! Mi señor Reinaldo, yo se lo explicaré todo. Mi marido trabaja ahí mismo. Y mientras él remienda botas y cose cueros, yo preparo la comida para los huéspedes. Y nunca me da una moneda. El compra todas las cosas, y el dinero (Sigilosamente.) lo lleva escondido en la faltriquera, en una bolsa.

REINALDO.- (Radiante.) ¿Una bolsa?

-42-

SECUNDINA.- Sí.

REINALDO.- ¿En la faltriquera?

SECUNDINA.- Sí, sí. Y cuando yo necesito algo voy a él y....

(Cambio. Habla ahora con el ZAPATERO.) ¡Buenos días! ¿Cómo va el trabajo?

ZAPATERO.- (Sigue golpeando sin parar.) Bien, bien. Hay muchas cosas que hacer. ¿Qué pasa?

SECUNDINA.- Nada. Preguntarte qué pongo para comer.

ZAPATERO.- Ya sabes. Lo de cada día. Con tal que no haya nada que comprar.

SECUNDINA.- ¿De comida? Nada. Pero hay un huésped que parece hombre principal....

ZAPATERO.- Nada, nada. Como cada día. Lo que importa es que los huéspedes paguen bien, porque esta (Señala la bolsa.) cada día está más vacía.

SECUNDINA.- Desde luego, marido. Pero no vienen más clientes porque como me ven tan pobretona se forman mala opinión de nuestra posada.

(Insinuante.) ¿Cuándo me compras el vestido nuevo que me prometiste?

ZAPATERO

(Cantando.)

Cuatro patas tiene un banco, (bis)

tú le buscas siempre tres.

¡Ay triquitrí, triquitrí,
triquitriquitrí, triquitriquitrí!

(Intenta hablar ella de nuevo.)

¡Qué manía de mujeres, (bis)

decirlo todo al revés!

-43-

Ay triquitrí, triquitrí,
triquitriquitrí, triquitriquitrí!

SECUNDINA.- (Sigue intentando.) Pero no ves que con este vestido....

ZAPATERO.- (Cantando.) ¡Triquitrí, triquitriquitrí,
triquitriquitrá!

SECUNDINA.- Si no puedo ni salir a la calle....
ZAPATERO.- (Cantando.) ¡Triquitrí, triquitriquitrí,
triquitriquitrá!

(Cambio. SECUNDINA se vuelve a REINALDO.)

SECUNDINA.- (A REINALDO.) Y así todas las veces.

REINALDO.- ¡Bah! No hay que desesperarse. Echaré mano de mi arte y de mi astucia. (Piensa.) Vamos a ver, ¿tienes jabón blanco?

MARIANO.- (Apareciendo.) El jamón es rojo, señor.

SECUNDINA.- Jabón, tonto, no jamón. (A REINALDO.) Sí, hay jabón.

REINALDO.- Muy bien. Un corte de queso para mí y otro de jabón para tu marido.

SECUNDINA.- ¿Eh?

REINALDO.- ¿Tienes vino añejo en abundancia?

SECUNDINA.- Sí, señor.

REINALDO.- Pues una jarra de vino ordinario para mí, con dos dedos sólo. Y otra de vino añejo, llena, para tu marido.

SECUNDINA.- Bien. Pero no entiendo lo del jabón.

REINALDO.- Astucia y arte, arte y astucia.

SECUNDINA.- (Embobada.) ¡Ah!

REINALDO.- ¿Y cómo se llamaba el padre de tu marido?

-44-

SECUNDINA.- Lorenzo, y era zapatero también.

REINALDO.- (Como hipnotizándola.) ¿Y su madre?

(A cada respuesta irá subiendo el tono de la conversación. Rápido.)

SECUNDINA.- ¿Mi suegra? Lupercia.

REINALDO.- ¿Y era?

SECUNDINA.- Lavandera.

REINALDO.- ¿Y su tío?

SECUNDINA.- Leopardo.

REINALDO.- ¿Y su tía?

SECUNDINA.- Guillermina.

REINALDO.- ¿Y su abuela?

SECUNDINA.- Leocadia.

REINALDO.- ¿Y su abuelo?

SECUNDINA.- Mariano.

MARIANO.- (Apareciendo.) Diga, mi ama.

SECUNDINA.- (A punto de estallar.) ¡Qué pesado! ¡Estoy hablando con este señor! (MARIANO se retira con gesto de desencanto. A

REINALDO.) Pero, ¿a qué viene todo esto? ¿No estará preparando una burla?

REINALDO.- Nada de burlas. Arte y astucia. Antes de continuar hagamos un trato. La bolsa pasará a tu poder.

SECUNDINA.- ¿Sí? ¡Qué ilusión! El vestido, el vestido. (Se pone a bailar.)

REINALDO.- Pero yo tendré que quedarme con la mitad del dinero.

SECUNDINA.- ¿Eh? (Con desencanto.) ¡Ah!

REINALDO.- ¿Hay trato o no hay trato?

-45-

SECUNDINA.- Hombre, ¿no le parecerá poco, verdad?

REINALDO.- Entonces no habrá vestido.

SECUNDINA.- ¡Ah, sí! El vestido, el vestido. Trato hecho.

REINALDO.- Trato hecho.

(Oscuro.)

Cuadro II

Aparece la mesa vacía. Salen hablando y se sienta a la mesa,
REINALDO y el ZAPATERO.

ZAPATERO.- ¿Y eso de ser mago quiere decir que se puede embrujar a cualquiera?

REINALDO.- (Creciéndose.) Nada de embrujar. La magia es un arte extraordinario. Y con ella hace uno lo que quiere.

SECUNDINA.- (Con una sopera, dispuesta a servir.) ¡A la salud de todos! ¡Que coman en la paz del Señor!

ZAPATERO.- Gracias.

REINALDO.- Amén.

SECUNDINA.- (A MARIANO, que viene oliendo el plato del queso.) Espabila, gandul. ¿Qué haces?

MARIANO.- (A ella, por el plato.) Huele a jabón.

SECUNDINA.- (Le toma los platos.) Andando por más cosas. (Se retiran los dos.)

REINALDO.- Yo quisiera lavarme las manos antes de comer.

-46-

ZAPATERO.- Mariano, trae el aguamanil, toalla y jabón.

MARIANO.- (Apareciendo con el aguamanil y la toalla.) Señor (Le echa agua.), no hay jabón.

REINALDO.- (Tomando el queso del plato del ZAPATERO.) No hace falta. (Hace los gestos misteriosos sobre él.)

ZAPATERO.- ¿Qué hace?

REINALDO.- (Sin escuchar.) ¡Abracadabra, abracadabra! Que el queso jabón se haga. (Se frota las manos y echa espuma.)

ZAPATERO.- ¡Oh! ¡Qué maravilla! ¿Es posible?

SECUNDINA.- (Que aparece precipitadamente.) Un prodigio, un encantamiento.

REINALDO.- (Sin darle importancia.) No tiene importancia.

(Secándose las manos.) Mayores cosas puedo hacer.

MARIANO.- (Con cara de resignación.) Ya me lo olía yo. (MARIANO y SECUNDINA desaparecen.)

ZAPATERO.- (A REINALDO, confidencialmente.) A mí me gustaría tener ese poder y saber esas palabras.

REINALDO.- Es un secreto. Sólo los iniciados pueden conocerlo.

ZAPATERO.- Si es por dinero....

REINALDO.- El dinero no es fundamental, pero ayuda.

ZAPATERO.- ¡Cuidado! Que viene mi mujer.

SECUNDINA.- (Entra con dos jarras de vino, y MARIANO con dos platos.) Y este vino, para celebrar eso del jabón.

-47-

ZAPATERO.- Eso, eso. Bebamos y brindemos por el mago Reinaldo.

REINALDO.- Por la prosperidad de todos.

(Levantando las jarras y las entrechocan. REINALDO apenas bebe.

ZAPATERO se echa un buen trago. MARIANO y SECUNDINA salen.)

ZAPATERO.- ¡Oh, delicioso! Parece añejo. (Confidencial.) ¿Qué debo hacer para tener el poder de cambiar las cosas?

REINALDO.- Eso es difícil. Bebamos otra vez para disimular. (Mismo juego.)

ZAPATERO.- Estoy dispuesto a lo que sea.

REINALDO.- La mitad de esa bolsa que llevas ahí en la faltriquera.

ZAPATERO.- (Sorprendido.) ¿Eh?

MARIANO.- (Con otras dos jarras. Aparte.) Ya van dos mitades.

ZAPATERO.- Trato hecho. (A SECUNDINA.) Bebe, que un día es un día.

REINALDO.- Bebamos y brindemos por Lorenzo, el mejor zapatero de la comarca. Y por Secundina, la mejor cocinera.

TODOS.- Bebamos.

SECUNDINA.- Bebe, Mariano.

MARIANO.- Yo no, que soy tonto.

ZAPATERO.- Mariano, más vino.

REINALDO.- Y por Lorenzo, el viejo, el otro gran zapatero. (El juego se repite.)

-48-

Y por Lupercia, lavandera.

Y por Leonardo, carpintero.

Y por Guillermina, panadera.

Y por Leocadia, costurera.

Y por.... Y por....

(Las jarras se entrechocan cada vez más lentamente. Hasta que acaban sentados en el suelo el ZAPATERO y SECUNDINA, borrachos y rodeados de jarras vacías, mientras MARIANO observa, con una jarra en la mano, cómo REINALDO busca y da con la bolsa en la faltriquera del ZAPATERO.)

REINALDO.- ¡Ajá! Media bolsa y media bolsa hacen una bolsa entera.
MARIANO.- Maese Reinaldo, ¿por qué no brinda por Mariano, el tonto?
(Y le alarga la jarra.)
REINALDO.- (Con recelo, como queriendo huir.) No, no, muchacho,
que a mí eso....
MARIANO.- (Hace gestos misteriosos.) ¡Abracadabra, abracadabra!
Se lo bebe o se lo traga.
REINALDO.- (Bebe con miedo.) Por Mariano.... Por Mariano....
MARIANO.- (Avanzando amenazante hacia él.) Más, más....

(Oscuro.)

-49-

Cuadro III

El ZAPATERO y SECUNDINA escuchan embobados a MARIANO.

MARIANO.- (Con satisfacción y sonriente.) Y entonces pensé:
«Ahora va a saber quién es Mariano, el tonto». (Gestos.) Y dije
mis palabras mágicas y le largué la jarra. Y se pegó un lingotazo. Y
yo venga a decir mis palabras, y él venga a beber, hasta que sacó la
bolsa y me dijo: «Bravo, muchacho, te la has ganado». Y
tambaleándose un poco se fue.
ZAPATERO.- ¡Qué maravilla! Mariano, mago.
SECUNDINA.- ¡Y qué noble, nos ha devuelto la bolsa!
ZAPATERO.- Te mereces una propina. Toma (Y le da dos monedas.)
SECUNDINA.- ¿Pero cuáles son esas palabras? Porque nosotros
queremos ser magos también.
MARIANO.- ¡Huy, huy! Eso es caro.
SECUNDINA.- Dale dos más.
MARIANO.-
(Las acepta.) Pues, allá va. (Gestos consabidos.)
Así son las cosas
que parecen bolsas,
y vueltas al revés,
bolsas quedan otra vez.

ZAPATERO.- A ver, a ver, probémoslo. (Dice las palabras como si
fuera un rito, y a la vez, inconscientemente, vuelve la bolsa del
revés.)

-50-

Así son las cosas...

(Cuando la bolsa está completamente al revés, la miran los dos y se miran sorprendidos.)

SECUNDINA.- Pero si está vacía.

ZAPATERO.- Y sólo le hemos dado cuatro monedas....

MARIANO.- La propina, la propina..., que ya me había tomado... por si acaso.

(Cantando.) ¡Triquitrí, triquitriquitrí, triquitriquitrá!

FIN

Coser y cantar

PERSONAJES

SASTRE.

OFICIAL.

MARGARITA.

PADRE DE MARGARITA.

Cuadro I

Mientras se levanta el telón se oye la voz del OFICIAL, que canta lánguidamente. Se mantendrá la conversación sin interrumpir el trabajo.

OFICIAL

(Cantando.)

No se va la paloma, no;
no se va, que la traigo yo.
Si se va la paloma, ya volverá,
que dejó los pichones a medio criar.

-52-

No se va la paloma, no;
no se va, que la traigo yo.

SASTRE.- No, no. Esos cantos no le van a nuestro oficio, Porque si cantas despacio, también coses despacio.

OFICIAL.- Y si cantas mal, también coses mal.

SASTRE.- (Sin dejar de coser.) No, no. ¿Me oyes, bribón? Apenas has terminado el aprendizaje, porque te ves oficial, ya te crees maestro. Aquí el maestro soy yo. Y tú tienes que hacer lo que yo diga, porque si no hay un poco de orden en las cosas, no se hace nada bueno.

OFICIAL.- Desde luego, señor. Pero a mí eso de coser y cantar no me va. Puedo coser igualmente sin necesidad de estar cantando.

SASTRE.- ¡Ah! Desagradecido. Por cierto que habrá que adelantar trabajo hoy, porque vendrá Raimundo a ver si está ya el vestido de su hija Margarita.

OFICIAL.- (Señalando el vestido.) Ya está bastante adelantado. Yo creo que podrá estar acabado dos días antes de las fiestas.

SASTRE.- ¡Qué te sabes tú! Eso es cosa mía. Venga, a cantar, que con tanta charlatanería ya me estás contagiando.

OFICIAL.- Tururú.

SASTRE.- ¿Cómo que tururú?

OFICIAL.- Tururú, tururú.

SASTRE.- Ahora entiendo. A ti te gusta que cantemos esa del «tururú». Venga, venga. A cantar.

-53-

OFICIAL Y SASTRE

(A la vez. Cosiendo de prisa, mecánicamente. El SASTRE, ridículamente, y el OFICIAL, con sorna, cantan.)

Ya se murió el burro
que acarreaba la vinagre,
ya lo llevó Dios
de esta vida miserable.

Que tururururú,
que tururururú (bis)

Todas las vecinas
fueron al entierro,
la tía María
tocaba el cencerro.

Que tururururú....

Él era valiente,
él era mohíno,
él era el alivio

de todos los vecinos.
Que tururururú....

(Llegan MARGARITA y su PADRE ante el taller y oyen la cantilena final.)

SASTRE Y OFICIAL
Que tururururú, que tururururú....

OFICIAL.- ¡So!

SASTRE.- (Parando de coser y cantar.) ¿Cómo que so? ¿Es una burla?

-[54]-

-55-

OFICIAL.- Ahí están los clientes. (Aparte.) Los tiene ante las narices y no los ve.

SASTRE.- (Alborozado.) Buenos días, amigo Raimundo. Pero qué guapetona está tu hija. Vamos a ver cómo está el vestido.

MARGARITA.- ¿Estará terminado para las fiestas?

OFICIAL.- Claro que estará.

SASTRE.- (Con gesto imperativo y señalando el lugar del trabajo, al lado opuesto de la escena.) Tú, a coser y a cantar.

(El OFICIAL se va, malhumorado, hacia la derecha y se pone a trabajar. Quedan en el centro los otros tres. MARGARITA mirando significativamente al OFICIAL.)

PADRE.- (Por lo que esconde bajo la capa.) Mi hija ha querido que....

SASTRE.- ¡Chitón! (Atrayéndole hacia la izquierda.) Moros en la costa. Que no nos oiga el Oficial.

(MARGARITA queda en el centro, perpleja, mientras su PADRE enseña al SASTRE lo que esconde bajo la capa. MARGARITA se coloca del lado del OFICIAL y la escena queda repartida entre los dos extremos. Deben permanecer fijos en un extremo el OFICIAL, y en el otro, el SASTRE. MARGARITA se acercará al centro con movimientos graciosos, y su PADRE, con movimientos pesados, que contrasten con los -56- de ella, para hacerse confidencias, componiendo la escena como con ritmo de danza.)

OFICIAL.-

¡Hum! A cantar.
(Cantando.)
No se va la paloma, no....

PADRE.- Mi hija ha querido que te traiga esta bota de moscatel....
SASTRE.- Muy bien (Tomándola.) , muy bien.
PADRE.- Para ti y para el Oficial.

OFICIAL
(Cantando.)
No se va que la traigo yo...
¿Has traído el moscatel?

MARGARITA.- Sí. Lo tiene el Sastre.

SASTRE.-
(Se esconde un poco para echar un trago.) Marcelino, a
cantar lo otro. (Por el vino.) ¡Qué rico!
(Cantando.)
Que tururururú, que tururururú,
que tururururú, que tururururú.

OFICIAL.- (A MARGARITA.) ¡Es un borrachín! De seguro que se
beberá él todo el vino y a mí no me dejará ni olerlo.

MARGARITA.- No me digas. Yo lo he traído sobre todo para ti. Porque
sé que el vestido lo coses tú.

OFICIAL
(Cantando.)
Si se la paloma, ya volverá....

SASTRE.- Si tu hija quiere al Oficial, déjala. Es un buen muchacho.
(Trago.) Pero no tiene una perra.

PADRE.- ¿No?

SASTRE
(Trago.) No, ni una. (Al OFICIAL.) A cantar.
(Cantando.)
Que tururururú, que turururú,
que tururururú, que tururururú

-57-

OFICIAL
(Después de hablar por lo bajo con MARGARITA, queda muy

sorprendida, canta.)
Pues deja los pichones a medio criar.

MARGARITA Y OFICIAL

(MARGARITA, disimulando. Cantan.)
No se va la paloma, no.

(MARGARITA al centro, con su PADRE.)

No se va, que la traigo yo.

MARGARITA.- (A su PADRE.) Dice Marcelino que al Sastre, después de beber un poco, le dan ataques de locura.

SASTRE

(Trago.)
Que tururururú, que tururururú,
que tururururú, que tururururú.

(Desde ahora miran al SASTRE con recelo. Y el PADRE tratará de impedirle beber cada vez que lo intente.)

MARGARITA.- (Al OFICIAL.) ¿Y cómo se sabe cuándo le empiezan los ataques?

OFICIAL.- (A MARGARITA.) Al principio canta, canta mucho.

SASTRE

(Con entusiasmo.)

-58-

Que tururururú, que tururururú,
que tururururú, que tururururú. (Trago.)

OFICIAL.- Y luego hace cosas raras.

(MARGARITA y PADRE al centro. Mismo juego.)

SASTRE.- Este oficial es un parlarchín. (Trago.) Pero ¡qué rico!

OFICIAL.- (A MARGARITA.) Y además.... (Sigue por gestos.)

SASTRE.-

Para que no charle, le hago cantar.

(Cantando.)

Que tururururú, que tururururú.

(MARGARITA y PADRE al centro. Mismo juego.)

MARGARITA.- (A PADRE.) Y luego pide el jaboncillo y las tijeras a gritos.

PADRE.- (Ridículamente confidencial.) Eso, después. Ahora ya canta.

OFICIAL.- (A MARGARITA, intrigada.) Y se pone muy furioso, y hay que sujetarlo bien. (Gestos exagerados.) Y sobre todo hay que sacudirle muy fuerte.

SASTRE.-

Venga a cantar, Marcelino, a cantar.

(Iniciando.)

Ya se murió el burro....

OFICIAL.- (A MARGARITA.) Lo mejor es cantar con él.

(MARGARITA y PADRE, al centro. Mismo juego.)

-59-

MARGARITA.- (A PADRE.) A cantar.

PADRE.- (Sorprendido.) ¿Cantar?

OFICIAL.-

(Cantando.)

Ya se murió el burro....

(MARGARITA y PADRE se suman al canto.)

que acarreaba la vinagre....

SASTRE.- (Trago.) No es vinagre, no. ¡Qué va!

TODOS

(Cantando.)

Ya lo llevó Dios

de esta vida miserable.

Que tururururú, que tururururú,

que tururururú, que tururururú.

MARGARITA.- (Al OFICIAL.) Y esos ataques, ¿cómo se le pasan.

OFICIAL.- Ya te lo digo, sacudiéndole fuerte. Cuantos más golpes, mejor. Después se queda como un guante.

SASTRE.- (Habla por lo bajo al PADRE, ríe y bebe.) ¡Hala, a cantar!

TODOS

(Cantando.)

Él era valiente, él era mohíno.

-60-

(MARGARITA y PADRE, al centro. Mismo juego. Gestos. Mientras, el OFICIAL esconde el jaboncillo y las tijeras.)

El era el alivio
de todos los vecinos.

Que tururururú, que tururururú,
que tururururú, que tururururú.

SASTRE.- (Último trago y esconde la bota. Al PADRE.) Bueno, bueno, tú querrás ver cómo le cae el vestido a tu hija, ¿no?

OFICIAL.- (A MARGARITA.) ¡Cuidado! Ahora es cuando le viene lo de las tijeras. Cuando me llame a mí, fuerte, dadle fuerte.

SASTRE.- Creo que ya podemos hacer la prueba. Es un vestido precioso. Vamos a ver, pónitelo. (Ayudándola.) Así, así.

(MARGARITA se pone el vestido. La observan. MARGARITA espera las señales del ataque, pendiente del Oficial.)

PADRE.- ¿Le cae bien?

SASTRE.- Bien de manga. Bien de hombros. (A MARGARITA.) Levanta el brazo y manténlo así. Y el otro (Levantándose.) así.

OFICIAL.- (A MARGARITA.) Ya han empezado las cosas raras. Luego, las tijeras. (Se va.)

-61-

MARGARITA.- (Al PADRE.) ¡Cosas raras!

SASTRE.- No. Aquí no está bien. Habrá que entrarle un poquito. (Se vuelve.) ¡El jaboncillo! ¿Dónde está el jaboncillo?

MARGARITA.- (Nerviosa.) Padre, que ya está en lo del jaboncillo.

SASTRE.- (Palpando a manotazos sobre la mesa.) ¡El jaboncillo! ¿Y las tijeras? (Sigue palpando fuerte.)

MARGARITA.- Padre, ¡las tijeras!

SASTRE.- ¡El jaboncillo! ¡Las tijeras! ¡Marcelino, las tijeras!

MARGARITA.- Ya, padre, ya. Antes que sea tarde.

SASTRE.- ¡¡Marcelino!! ¡¡Marcelino!!

MARGARITA.- (Echa a correr.) ¡Aaay! ¡El ataque!
PADRE.- (Agarra al SASTRE por los brazos y le sacude.) ¡Ayudadme!
¡Ayudadme!
SASTRE.- ¡Ay! ¿Qué pasa?
MARGARITA.- ¡Marcelino! ¡Marcelino! Ya le dio el ataque.
OFICIAL.- (Apareciendo con sigilo.) ¡Cuidado, que muerde!
PADRE.- (Sigue sacudiéndole.) ¡Morderme a mí?
OFICIAL.- (Por lo bajo.) ¡Duro! ¡Duro con él! (Hipócrita.) Es
por su bien.
MARGARITA.- (Agarrando la escoba.) ¿Le doy yo también?
PADRE.- Avisad a los vecinos.

Al armarse este gran jaleo en el que se entremezclan las voces de «¡Ay!» «¡Socorro!», -62- «El ataque», «¡Que muerde!», etcétera, hay que procurar dar a la escena aire irreal. Para ello se podrá bajar la luz y exagerar los gestos o producirlos a un ritmo determinado como si fueran muñecos articulados los que actúan. Al final se zafa el SASTRE subiéndose a la mesa.

Le rodean los otros tres a distancia y van dando la vuelta a la mesa con más calma mientras habla.

SASTRE.- Pero, ¿qué pasa aquí? ¿Habéis perdido la cabeza? ¿A qué vienen estas sacudidas? ¿Y esta falta de cordura? Si yo soy la persona más pacífica y complaciente. (El monólogo es lento. Los tres, poco a poco irán mirándole, sonriendo y haciendo gestos como si dijeran: «Ya está volviendo a la calma.») No lo entiendo. Ahora cuando me disponía a hacer el más hermoso vestido que haya cortado sastre alguno, os ponéis furiosos y me atacáis. Primero me hacéis regalos, y de pronto....

MARGARITA.- (A PADRE.) Ya se está poniendo como un guante.

SASTRE.- No hagáis caso de los maldicientes que me calumnian y dicen contra mí toda clase de mentiras: que soy avariento, que no pago bien a mi oficial, que soy glotón, que me gusta el vinillo.... (Esto último coincide con que el OFICIAL está echando un trago a hurtadillas. El SASTRE lo ve. Reacciona. De un salto baja y arrebata la bota al -63- oficial y los cuatro mecánicamente se ponen a cantar.)

TODOS

Ya se murió el burro
que acarreaba la vinagre.

Ya lo llevó Dios
de esta vida miserable.

(Trago del SASTRE a escondidas, mientras siguen
cantando.)

Que tururururú, quetururururú,
que tururururú, que tururururú.

(Y siguen cantando mientras desciende el telón.)

-[64]- -65-

Los pasteleros

PERSONAJES

SEBASTIÁN, pícaro.

LIBORIO, pícaro.

SEVERO, pastelero.

CATALINA, su mujer.

Cuadro I

Luz mortecina. Es de noche, apenas se ve. Pero se distingue el rótulo Pastelería. Hay una luz encendida dentro, lo que da a entender que los dueños no se han acostado todavía.

SEBASTIÁN.- (Aparece sigilosamente por la derecha y como tanteando con las manos.) Yo creería que es por aquí. (Adelanta cautelosamente.) Y pensar que ha sido casi una revelación, porque estaba yo durmiendo bajo el puente de San Juan y de pronto me ha venido un sueño. Un sueño delicioso: -66- estaba comiéndome una tarta de almendra, una tarta riquísima, toda entera para mí. Y me he despertado y me he dicho: «Sebastián, no puedes desperdiciar esta ocasión...».

(Se oyen voces de dentro, como que están echando las cuentas del día.)

VOZ DE CATALINA.- Veintidós, veintitrés y veinticuatro.

VOZ DE SEVERO.- ¡Magnífico! Veinticuatro. Esto va pero que muy bien.

(SEBASTIÁN se ha quedado inmobilizado a unos pasos de la puerta.)

LIBORIO.- (Aparece sigilosamente por la izquierda en actitud semejante a la de SEBASTIÁN y repitiendo simétricamente gestos y posiciones.) Yo creería que es por aquí. (Adelanta cautelosamente.) Y pensar que ha sido casi una revelación, porque estaba yo durmiendo bajo el puente de San Pedro y de pronto me ha venido un sueño. Un sueño delicioso: estaba comiéndome un pastel de hojaldre, un pastel riquísimo, todo entero para mí. Y me he despertado y me he dicho: «Liborio, no puedes desperdiciar esta ocasión...».

(Se oyen voces de dentro, como que están echando las cuentas del día.)

-67-

VOZ DE CATALINA.- Veintidós, veintitrés y veinticuatro.

VOZ DE SEVERO.- ¡Magnífico! Veinticuatro. Esto va pero que muy bien.

(LIBORIO se ha quedado como inmovilizado a unos pasos de la puerta.)

SEBASTIÁN.- Ciertamente no me falta valor para venir a esta hora y.... (Sin moverse de su sitio y como con miedo.)

LIBORIO.- Ciertamente no me falta valor para venir a esta hora y.... (Sin moverse de su sitio y como con miedo.)

SEBASTIÁN Y LIBORIO.- (A la vez, como autómatas, adelantan hacia la puerta, dispuestos a golpear con los nudillos. Lo hacen los dos a la vez y gritan.) ¡Ah, de la casa! (Se vuelven los dos espantados de su propio grito y dicen, mirándose.) ¡Ah! (Y se alejan unos pasos.)

SEVERO.- (Desde dentro.) ¿Quién importuna a estas horas?

CATALINA.- (Desde dentro.) ¿Quién se atreve a interrumpir nuestra calma?

SEVERO.- ¿Quién?

CATALINA.- ¿Quién?

SEBASTIÁN Y LIBORIO.- (A la vez, cada uno desde su posición.) El hambre, señores, el hambre.

SEVERO Y CATALINA.- (Al mismo tiempo, desde dentro y más fuerte que las otras veces.) ¡Veintidós, -68- veintitrés, veinticuatro! ¡Esto va pero que muy bien! (Se apaga la luz de la casa.)

(Oscuro.)

(Luz fantasmagórica. Aparecen SEVERO y CATALINA con aire festivo, y en el centro del escenario ritman unos pasos de danza al compás de

la música, mientras cantan a coro:)

SEVERO Y CATALINA

Tú tienes un pastel (Bis.)

y yo una tarta.

Y para ser feliz (Bis.)

¿que más nos falta?

(Lo repiten dos veces. La escena se iluminará progresivamente, para ir oscureciéndose progresivamente también. Ha de conseguirse que se vea en los dos extremos del escenario a SEBASTIÁN y a LIBORIO, que mirarán a los danzarines como sorprendidos al oír cantar lo del pastel y la tarta. Desaparecerán los DANZARINES y los dos MENDIGOS, mientras irá disminuyendo progresivamente la melodía y se hará el oscuro.)

(En conjunto, todo lo sucedido hasta aquí ha de dar la impresión de un sueño.)

-69-

Cuadro II

Mismo escenario. Luz normal.

SEBASTIÁN.- (Aparece en escena como discutiendo con alguien que viene detrás.) ¿Y yo? ¿Te crees tú que yo estoy mejor? Tengo hambre, tengo sed, tengo frío y no tengo ni una triste moneda en el bolsillo.

(Aparece LIBORIO.)

Y lo que es peor, no veo manera de obtenerla. ¿Qué voy a tener que hacer hoy? ¿Bostezar nuevamente?

LIBORIO.- Desde luego, tendremos que seguir bostezando. No hay más remedio. (Pausa. Rascándose la cabeza.) Oye, ¿y si trabajáramos?

SEBASTIÁN.- ¿Trabajar? ¿Trabajar? ¿En qué?

LIBORIO.- Es verdad. No había caído en la cuenta. ¿En qué podríamos trabajar nosotros? (De pronto mira hacia la pared y ve una serie de rótulos que ponen Zapatería, Carnicería, Pescadería, Sastrería, Pastelería. Se quedan como atónitos mirando los rótulos.)

SEBASTIÁN.- Si supiéramos leer, nos enteraríamos de lo que dicen

esos carteles, y a lo mejor....

LIBORIO.- Pues es verdad. Si por lo menos hubiera alguien aquí que nos los quisiera leer. (Dirigiéndose al público y señalando el primer cartel.) ¿Qué dice aquí?

VOCES DEL PÚBLICO.- ¡Zapatería!

(LIBORIO y SEBASTIÁN se miran el uno al otro. Se les ilumina el rostro de satisfacción -[70]- -71- a los dos. Se sientan en un poyo o banco. Luego alegremente empiezan a hacer gestos como de golpear con el martillo y clavar clavos. Hasta que SEBASTIÁN se sacude la mano como si se hubiera dado un martillazo. Acaban los dos haciendo con la cabeza un gesto negativo y levantándose.)

SEBASTIÁN.- (Señala otro letrero.) Y aquí, ¿qué dice?

VOCES DEL PÚBLICO.- ¡Carnicería!

(Mismo juego de LIBORIO y SEBASTIÁN. Gestos alusivos al cuchillo que corta, a lo que comen y engordan. Ahora es LIBORIO quien finge cortarse un dedo, y SEBASTIÁN se lo venda. Mismo gesto negativo.)

SEBASTIÁN.- (Señala otro letrero.) Esto no nos convence. Y aquí, ¿qué dice?

VOCES DEL PÚBLICO.- ¡Pescadería!

LIBORIO.- Anda. Pescadería. A pescar.

(Se sientan al estilo moruno, con las piernas cruzadas, o en las candilejas con las piernas colgando al público. Mismo juego de los dos. Gestos como si echaran el anzuelo y estuvieran pescando con caña. Tienen que estar algo ladeados o de espaldas. Tras el gesto de tirar de la caña, SEBASTIÁN se lleva el sombrero o gorra de Liborio, y LIBORIO, al -72- sacar la suya, engancha a SEBASTIÁN por un pie. Aspavientos. Gesto negativo como antes.)

SEBASTIÁN.- Está visto que nada de todo esto nos va.

LIBORIO.- (Señalando el otro letrero.) Y aquí, ¿qué dice?

VOCES DEL PÚBLICO.- ¡Sastrería!

(LIBORIO se sienta y empieza a «coser». SEBASTIÁN se queda de pie y «corta» con tijeras imaginarias tela imaginaria. De pronto el primero se pincha en un dedo y el otro se corta. Tras los aspavientos de rigor de los dos, gesto negativo.)

(Mira el letrero restante y señala simplemente con gesto desengañado. Si el público no reacciona formulará la pregunta consiguiente.)

VOCES DEL PÚBLICO.- ¡Pastelería! ¡Pastelería!

SEBASTIÁN Y LIBORIO.- ¿Pastelería? ¿Pastelería? (Se relamen los labios como si estuvieran gustando de los pasteles y exclaman sucesivamente.)

SEBASTIÁN.- ¡Pastelería!

LIBORIO.- ¡Pastelería!

SEBASTIÁN.- ¡Pasteles!

LIBORIO.- ¡Tartas!

(Crujido de la puerta de la pastelería que se abre. Sale CATALINA y, sin prestarles atención ninguna, cuelga un cartel que dice: Se -73- necesita aprendiz. Se retira CATALINA. Ellos miran el cartel desconcertados y hacen gestos para pedir auxilio al público.)

VOCES DEL PÚBLICO.- ¡Se necesita aprendiz! ¡Se necesita aprendiz!

SEBASTIÁN.- (Rascándose la cabeza.) ¿Se necesita aprendiz?

(Empieza suave la musiquilla de «Tú tienes un pastel».) Oye, ¿por qué no vas y te ofreces como aprendiz?

LIBORIO.- Eso... eso mismo estaba pensando yo. ¿Por qué no vas y te ofreces como aprendiz?

SEBASTIÁN.- Sí. ¿Pero entonces tú cómo te las arreglarías para comer pasteles?

LIBORIO.- Eso mismo estaba pensando yo. Pero no es ninguna dificultad, porque tú me los pasarías cuando la dueña no lo viera.

SEBASTIÁN.- ¡Ay qué tonto! ¿Y cómo has podido pensar eso? Es justamente lo que pensaba yo.

LIBORIO.- Entonces no hay más remedio que echar suertes.

SEBASTIÁN.- Eso, vamos a echar suertes. El que pierda trabajará, y el que gane no trabajará y comerá pasteles.

LIBORIO.- ¡Oye, oye! Hay una cosa que no entiendo. Si a mí me toca trabajar, ¿no comeré?

SEBASTIÁN.- Hombre, por descontado, comerás pasteles y me los darás a mí.

LIBORIO.- De acuerdo. Pues echemos suertes. Saca una moneda y nos lo jugamos a cara o cruz.

-74-

SEBASTIÁN.- No tenemos ninguna moneda. ¿No lo sabes?

LIBORIO.- Los dados.

SEBASTIÁN.- ¿No te acuerdas que los dados los cambiamos por dos raciones de cacahuets la semana pasada?

LIBORIO.- Pues, la taba.

SEBASTIÁN.- ¡Ay, qué desmemoriado eres! La taba la perdimos jugando a las tabas con Lupercio y con Grimaldo.

LIBORIO.- Pues no sé qué decirte. Busquemos pajitas y nos los jugamos a las pajitas.

SEBASTIÁN.- (Mira por el suelo.) Nada. La ciudad está tan limpia que no hay pajitas.

LIBORIO.- (Mira a SEBASTIÁN y se mira las manos.) Pues nos lo jugamos a la morra.

SEBASTIÁN.- Vale. A la morra.

(Se colocan algo a distancia. Ponen las manos atrás y echan la suerte.)

LIBORIO.- ¡Dos!

SEBASTIÁN.- (A la vez.) ¡Tres!

(Quedan mostrándose los dedos. Han salido tres por LIBORIO y cuatro por SEBASTIÁN. Repiten otra vez.)

LIBORIO.- (Repiten el juego.) ¡Tres!

SEBASTIÁN.- (A la vez.) ¡Cinco!

-75-

(Quedan mostrándose los dedos: Han salido: dos por LIBORIO y tres por SEBASTIÁN.)

SEBASTIÁN.- ¡Bravo! ¡Bravo! He ganado.

LIBORIO.- (Con resignación.) Bueno. Me sacrificaré. Pero tendré los pasteles más cerca.

SEBASTIÁN.- Pero lo pactado, pactado. Venga esa mano.

(Se estrechan las manos.)

LIBORIO.- Lo pactado, pactado. ¡Adelante!

(Adelantan hacia la puerta de la pastelería. Miran el cartel con satisfacción y ansia y golpean los dos la puerta con los nudillos, mientras vuelve la musiquilla de «Tú tienes un pastel».... Vuelve a golpear.)

VOZ DE CATALINA.- ¡Ya voy!

(LIBORIO se queda junto a la puerta y SEBASTIÁN se escapa furtivamente. Se para y observa. Sube de tono la música. SEBASTIÁN hace mutis cuando aparece CATALINA para recibir a LIBORIO.)

(Oscuro.)

Cuadro III

Misma decoración que el anterior. Pero han desaparecido los letreros y tiene que haber algunos elementos escenográficos -76- que den la impresión de estar dentro de la pastelería. Sobre una mesa, pasteles y tartas. Entre ellos tiene que destacar un gran pastel y una gran tarta.

SEVERO y CATALINA adoctrinarán a LIBORIO con aplomo y dando vueltas a su alrededor. LIBORIO permanece boquiabierto, pero no convencido.

SEVERO.- El primer deber del aprendiz de pastelero es saber que los pasteles son veneno. (Cara de sorpresa de LIBORIO.)

CATALINA.- Porque una indigestión de pasteles es lo peor que le puede suceder a una persona.

SEVERO.- Y hay que pensar lo que dice el refrán que «comer y rascar todo es empezar».

CATALINA.- Y, claro, se empieza por un poquito.

SEVERO.- Y un pellizquito de la masa.

CATALINA.- Y un pellizquito de la pasta. (Inicia LIBORIO una sonrisa de satisfacción que irá aumentando a medida que le van hablando como si estuviera paladeando lo que le prohíben. El ritmo se va acelerando según lo pida la enumeración.)

SEVERO.- Y un pellizquito del hojaldre.

CATALINA.- Y un pellizquito de la crema.

SEVERO.- Y un poquitito de azúcar.

CATALINA.- Y un poquitito de miel.

SEVERO.- Y un mordisquito del gurullo.

CATALINA.- Y un mordisquito del carquiñol.

SEVERO Y CATALINA.- (A la vez.) Y muchos pocos....

-77-

LIBORIO.- (Interrumpiendo.) Un momento. ¿Puede saberse qué es eso del gurullo y del carquiñol?

SEVERO.- Todo se andará.

CATALINA.- Que no se ganó Zamora en una hora.

SEVERO Y CATALINA.- (A la vez.) Y muchos pocos hacen un mucho.

LIBORIO.- No entiendo.

SEVERO.- ¿Cómo que no entiendes? A buen entendedor media palabra basta.

CATALINA.- Eso, eso. Media palabra. (A SEVERO.) Cuéntale lo que le pasó a la tía Sinforosa. (LIBORIO se pone receloso.)

SEVERO.- No; será mejor que le cuentes tú lo que le pasó al desgraciado de Guillermo.

CATALINA.- ¡Ay, no! Lo del pobre Guillermo, el anterior aprendiz que murió de un cólico miserere, no. Es demasiado terrible. Cuéntale

tú el triste caso de Mariana.

SEVERO.- (Exagerando.) ¿Pero cómo quieres que relate la triste historia de Mariana, nuestra criada, que falleció de un vómito prieto por haber comido a destiempo una empanadilla y un bartolillo?

(Crece la sorpresa de LIBORIO.)

CATALINA.- ¿Y el caso de Baldomero que se atragantó con un barquillo? (Señala al cuello.)

SEVERO.- (Mismo juego.) ¿Y el de Filemoncio, al que se le clavó una aguja?

CATALINA.- ¡Ay, no! Si acaso el de Casimiro que se ahogó con un fajardo.

-78-

SEVERO.- Casi preferiría el de Rigoberto, que quedó sin respirar por causa de un mostachón.

CATALINA.- Y aquel del polvorón, ¿quién fue?

SEVERO.- Y el de la gloria, ¿te acuerdas?

CATALINA.- ¿Y el que se quedó perlático? (Gestos de tal.)

SEVERO.- (Mismo juego.) ¿Y el que cogió el baile de San Vito?

LIBORIO.- (Con cara de asco.) Oigan, oigan. Entonces, ¿no se puede comer ningún pastel?

CATALINA.- ¿Pero no has oído, desgraciado?

SEVERO.- ¿No te das cuenta de lo peligroso que es, infeliz?

LIBORIO.- (Con gesto de falsa resignación.) Desde luego esto es terrible. Habrá que aguantarse.... Pero, y, entonces, ¿para qué se fabrican pasteles?

SEVERO Y CATALINA.- ¡Para comerlos...!

LIBORIO.- (Cortando, perplejo.) ¿Eh?

SEVERO Y CATALINA.- (Recalcando.) ¡Para comerlos... en las comidas!

(Música. Y sobre los rostros satisfechos de SEVERO y CATALINA y sorprendido de LIBORIO, se hace el oscuro.)

-79-

Cuadro IV

LIBORIO se pasea picando de los distintos pasteles y en las distintas vasijas.

LIBORIO.- Lo que yo no entiendo es que por un poquito de gurullo me pueda pasar algo malo. El gurullo, total, es pasta de harina, agua y

aceite. (Lo prueba sacando un poco de una vasija.) No vale la pena. ¿Y el carquiñol? (Prueba.) Esto ya es mejor: harina, con huevos y almendra machacada.... Y un poquito de mazapán.... (Lo toma.) Porque yo creo que del mazapán no me dijeron nada. (Lo engulle.) Caramba, aunque uno tuviera que quedar perlático (Gestos alusivos.) , o fuera víctimas del baile de San Vito (Nuevos gestos.) , valdría la pena exponerse. Y esto es realmente arriesgado. ¡Ay, si lo supiera el pobre Sebastián! ¡De buena se ha librado! ¿Y estas ensaimaditas? (Va a echar mano.)

CATALINA.- (Apareciendo.) ¡Liborio! (Retira la mano sorprendido.) ¿Qué es eso?

LIBORIO.- (Disimulando.) Nada, señora, nada. Que había una mosca que se iba a llevar una guinda confitada y yo la espantaba..., no vaya a caer enferma.

CATALINA.- ¿Quién?

LIBORIO.- La pobre mosca, señora, la pobre mosca. Porque yo así de repente me he acordado de Casimiro, de Rigoberto, de Mariana, de Filemoncio, de Baldomero... y de casi todos los difuntos.

-80-

CATALINA.- Menos mal.

LIBORIO.- Sí, señora, sí, menos mal.

CATALINA.- Liborio, otra cosa que has de tener en cuenta es que en este oficio de pastelero, cuando uno trabaja en distinta habitación que sus amos, es costumbre que se ponga a cantar.

LIBORIO.- ¿Cantar? ¿Por qué? Yo no sé cantar.

CATALINA.- Se canta porque así los pasteles saben mejor. La pasta cuaja más, la masa se cuece mejor..., el azúcar endulza más, y...

LIBORIO.- (Cortando.) Basta, basta. ¿Entonces tendré que cantar?

CATALINA.- Claro.

LIBORIO.- Es que yo desafino bastante. Cuando era pequeño me echaron del coro de la parroquia porque decían que yo hacía llover.

CATALINA.- No importa. Mira, ahora yo me marchó hacia adentro, pues tú, a trabajar y cantar. Eso.

LIBORIO.- Huy, huy.... Yo no me acuerdo de ninguna canción, y... estas guindas....

CATALINA.- (Retirándose.) A lo dicho. A cantar hasta que vuelva....

LIBORIO.- Lo que uno tiene que hacer. (Aparece a escondidas

SEBASTIÁN. El rostro de LIBORIO se ilumina.)

VOZ DE CATALINA.- (Desde dentro, imperativa.) ¡Liborio, a cantar!

LIBORIO.- Vamos a cantar. (Lo hace horrorosamente. Gestos a SEBASTIÁN para que se aleje.)

-81-

(Cantando.)

Sebastián, Sebastián, Sebastián,
no te acerques por este lugar,
que el pastel es veneno que mata
y la tarta es veneno mortal.
Vaya, me ha salido bastante bien.

SEBASTIÁN.- (Sigilosamente.) Liborio, acuérdate de lo prometido.
LIBORIO.- (Con recelo.) Ya te contaré luego, márchate ahora.
Luego, cuando nos veamos solos.
SEBASTIÁN.- ¿Y lo prometido? Pásame algo ahora mismo, que tengo mucha hambre.
LIBORIO.- No puedo, vete, no puedo. Tengo que cantar.
SEBASTIÁN.- ¿Cantar?
LIBORIO.- (Canta.) Sebastián, Sebastián, Sebastián.... (Con gestos para que se vaya.) Luego, luego, no seas remolón.
SEBASTIÁN.- Venga, date prisa. Aunque sólo sea una aguja y un bartolillo.
LIBORIO.- Desgraciado, ¿quieres que te pase lo que a Filemoncio y a Marina? (Canta.) ...No te acerques por este lugar.
SEBASTIÁN.- Déjate de monsergas y pásame un barquillo.
VOZ DE CATALINA.- Liborio, canta para que cuaje la masa.
(Con satisfacción al verse liberado. Gestos de excusa por CATALINA.)

-82-

(Canta.)
Sebastián, Sebastián, Sebastián,
no te acerques por este lugar,

(Sigilosamente.) Vete, ya te lo contaré...
(Canta.)
...que el pastel es veneno que mata....

(Con cuidado, pero algo irritado.) Pero, vete, so ganso, que nos pillan.

(Canta.)
...y la tarta es veneno mortal.

(SEBASTIÁN se aleja mascullando algo entre dientes.)
(Canta de nuevo.)
Sebastián, Sebastián Sebastián....

(Oscuro.)

Cuadro V

Una campana de un campanario cercano da once campanadas. LIBORIO está sentado, con mandil de trabajo, pero sin trabajar, como dándose importancia, mientras CATALINA y SEVERO van trabajando y le escuchan atentos.

SEVERO.- ¿Y dices que de esa manera se curan los callos?

LIBORIO.- Tan cierto como que acaban de dar las once. ¿O no eran las once?

CATALINA.- Sí, eran. Pero veamos, repítelo otra vez porque mi marido padece de callos hace mucho tiempo y no hemos encontrado pedicuro que se los quite.

-83-

LIBORIO.- Se toman un par de ajos puerros y se les cortan unas cuantas hojas. El resto se puede comer.

CATALINA.- ¿Pero no pican?

SEVERO.- ¿Y eso que hace al caso, mujer?

LIBORIO.- No pican. Bueno en realidad un poco sí, por el ácido, pero no mucho. Se comen bien.

CATALINA.- ¿Ácido? ¿Qué ácido?

SEVERO.- (Impaciente.) Mujer, ya preguntarás luego. Ahora al ajo.

LIBORIO.- Eso es, al ajo. Se cortan las hojas verdes y se ponen en vinagre durante cuarenta y ocho horas.

CATALINA.- (Como quien toma nota.) Cuarenta y ocho horas.

LIBORIO.- A las cuarenta y ocho horas se toman las hojas y se colocan alrededor del callo, como si fuera un ventaje.

CATALINA.- Alrededor del callo.

SEVERO.- ¿Y cuánto tiempo se mantiene así?

LIBORIO.- Otras cuarenta y ocho horas.

CATALINA.- Otras cuarenta y ocho horas.

SEVERO.- ¿No serán demasiadas cuarenta y ocho horas?

LIBORIO.- No, no. Son justamente las necesarias, Luego se quita uno las hojas de ajo puerro.

CATALINA.- ¿Más ajos puerros?

LIBORIO.- No. Las hojas que se puso en el pie. Y ya está. Y los callos han desaparecido ya. Salen como -84- un clavo. ¡Fiú...!

(Ruidito y gesto alusivo. Muy animado en su faena.)

SEVERO.- Bueno, ¿y si no han desaparecido?

CATALINA.- Eso, eso, ¿y si no se marchan?

LIBORIO.- Pues está muy claro, es que han resistido y hay que repetir la operación. (Se dispone a contar de nuevo.) O sea, se toman algunos ajos puerros, se cortan las hojas verdes, el resto....

SEVERO.- Bueno, ya vale, que ahora viene lo del ácido y te vas a

pasar toda la mañana explicando cómo se quitan los callos....

CATALINA.- Pero, déjale acabar.

SEVERO.- Nada de acabar. A trabajar.

(LIBORIO se levanta.)

Y al repetir la operación, ¿cuánto tiempo hay que tener los ajos puerros en el pie, ¿otras cuarenta y ocho horas?

LIBORIO.- (Molesto.) No. Una semana.

CATALINA.- Dios mío, ¡una semana! (LIBORIO se pone a trabajar. Música.)

SEVERO.- (A CATALINA.) Ya sabes que voy a comer con mi amigo Lorenzo. Es su cumpleaños y quiero obsequiarle con un gran pastel, para después de la comida.

CATALINA.- (Señala el gran pastel.) Este, ¿no?

SEVERO.- Sí. Pero, ¿te acuerdas de la contraseña que te di esta mañana? No sea que venga algún pillo y se aproveche del pastel.

CATALINA.- Pierde cuidado.

(LIBORIO escucha visiblemente.)

Recuerdo todos los pormenores.

-85-

SEVERO.- Y tú, Liborio, ¿cómo podrías hacer para traerme unos ajos puerros para mis callos?

LIBORIO.- Eso es muy fácil; yo voy a buscarlos ahora.

SEVERO.- ¿Vas a tardar mucho?

LIBORIO.- Psé. Lo justo. Si no los encuentro, le digo a un amigo mío que me los traiga.

CATALINA.- Eso. (A SEVERO.) Así no tardará mucho. Yo creo que puede ir ¿no?

(Se dispone a salir, mientras al son de «Tú tienes un pastel», se hace el oscuro.)

Cuadro VI

Ha pasado tiempo. Anochece. La iluminación es escasa. A la izquierda, SEBASTIÁN y LIBORIO, iluminados por un foco, conversan animadamente. A la derecha, junto a la puerta de la casa lo hacen SEVERO y CATALINA. Un foco les ilumina también. Esta iluminación de los focos sobre los grupos se variará para subrayar la intervención del grupo en la acción dramática. Si se ven los pasteles y útiles de la pastelería, ha de estar ausente el gran pastel. Cuídese de destacar la acción paralela en este cuadro.

-86-

SEBASTIÁN.- Amigo Liborio. Esto sí que es bueno. Después del pastel, no he probado yo cosa mejor que este vinillo. (Bebe.)

LIBORIO.- Jerez de pura cepa. Y de cosecha fácil. Ja, ja, ja.

SEBASTIÁN.- Y que lo digas. Todo ha ido sobre ruedas. Me acerqué y le dije a la pastelera lo que tú me explicaste, la contraseña:

(Declamando con burla.)

Me dice Severo
que a la paz de Dios,
que el pastel de hojaldre
me lo llevo yo.

Y me toqué después dos veces la oreja izquierda (Lo hace a la vez que lo dice.) con la mano derecha y una el pelo con la izquierda.

LIBORIO.- Perfecto, Sebastián, perfecto.

SEVERO.- (A CATALINA.) No puede ser. Porque él mandó su criado con la contraseña bien aprendida. Y regresó al cabo de un rato diciendo que tú ya le habías entregado el pastel y las tres botellas a otro criado que había venido antes y había dado la contraseña completa.

CATALINA.- Desde luego. Entregué el pastel al primero que me dio la contraseña. ¿Qué iba a hacer yo?

SEVERO.- Y al segundo, ¿qué le dijiste?

-87-

CATALINA.- Ya te lo he dicho: «A buenas horas, mangas verdes. Ya hace casi una hora que se lo llevó el criado de Lorenzo». Y él empezó a exclamarse diciendo que Lorenzo no tenía más criados que

él.

SEVERO.- Esto no puede ser. Aquí tiene que haber truco.

CATALINA.- Claro que hay truco. ¿No irás a creer que me lo he comido yo? ¡Ay, mi pobre pastel, tan rico, tan doradito, con sus almendritas y sus guindas tan coloraditas y tan redonditas!

SEVERO.- Déjate de tonterías. A estas horas de seguro que se lo ha comido alguien ya. Y no sé si le habrá hecho provechoso. Esta burla me la pagará el que sea. (Se queda pensativo.)

SEBASTIÁN.- ¿Y tu amo decía que por comer pasteles uno se murió? ¡Qué muerte más dulce! Ahora nosotros tendríamos que empezar a morirnos.

LIBORIO.- A lo mejor es que se nos ha encallado un barquillo. Ja, ja, ja. Ya verás cuando nos podamos hacer con una de las fabulosas tartas que preparamos allí. Entonces sí que nos morimos... de risa.

SEBASTIÁN.- ¡Ay, Liborio, no me cuentes más cosas, porque a mí se me hace la boca agua! Y hasta me vienen ganas de hacerme pastelero.

LIBORIO.- No hace falta. Basta con que estemos atentos. Cuando haya que servir otro encargo yo -88- te aviso, y entonces nos damos otro atracón como el de hoy.

SEBASTIÁN.- Que no tengamos que esperar mucho. Lo que puedas hacer hoy no lo dejes para mañana.

CATALINA.- Pues si tú dices que vas a descubrir al ladrón, veremos

si lo consigues. Pero, ¿por qué no me dices lo que vas a hacer para que yo esté prevenida?

SEVERO.- Porque esto tiene que ser un secreto. Y el secreto, para que esté bien guardado, lo mejor es no comunicárselo a nadie. Yo cazaré a ese pillo, aunque tenga que ponerle como cebo una tarta.

CATALINA.- Bien, bien. Veremos qué resultado te dará este secreto.

SEVERO.- ¡Ay! (Cojea visiblemente.) Los callos. Yo no sé lo que tienen estos callos que cuando me acuerdo de ellos me duelen. O al revés, cuando me duelen me acuerdo de ellos.

CATALINA.- Desde luego no entiendo nada.

(Música de «Tú tienes un pastel». Oscuro.)

-89-

Cuadro VII

Sobre la continuación de la música anterior CATALINA y LIBORIO trabajan en silencio. Sale SEVERO con el pie vendado y cojeando.

SEVERO.- Vamos a ver si esto de tus ajos puerros (Por LIBORIO.) me cura los callos, porque este pie.... Y más hoy que tengo que ir a casa de mi primo Vicente que celebra su cumpleaños....

(Gesto de resignación de CATALINA.)

Y tú ya sabes, Catalina a la contraseña respondes con la tarta y cuatro botellas de rioja.

CATALINA.- (Sorprendida.) ¿Cuatro botellas?

(LIBORIO sonrío por debajo como gozándose ya con el festín.)

¿Se puede saber a santo de qué, tamaño despilfarro?

SEVERO.- Catalina, Vicente es mi primo.

(Nuevo gesto de resignación de CATALINA.)

Bueno, a lo dicho, me voy. (Hace como que se va y vuelve.) ¡Ah! y tú, Liborio, a ver si me buscas más ajos puerros.

LIBORIO.- ¿Más?

SEVERO.- Sí, para el otro pie.

LIBORIO.- (Con satisfacción.) A mandar, señor. (Ya empieza a marchar. Silba de alegría.)

(CATALINA queda como enfadada. Cambio de luces. SEVERO se queda escondido en primer término. LIBORIO en segundo término, -90- sin ver a SEVERO, ni ser visto por él. Música. Entra SEBASTIÁN tapándose un poco la cara.)

CATALINA.- (Seca.) ¿Qué quieres? ¿No estuviste tú ayer aquí?

SEBASTIÁN.- No, señora, no.

CATALINA Pues yo diría que esa cara....

SEBASTIÁN.- Sería alguien que se me parece.

CATALINA.- ¿No eres tú el criado de Lorenzo?

SEBASTIÁN No, señora. (Mintiendo.) Ese es un primo hermano mío. Yo soy el criado de Vicente.

CATALINA.- (Que ya está convencida de la trampa.) ¡Ah! De Vicente, el primo de mi marido.

SEBASTIÁN.- (Sudando tinta.) Eso es, el primo de mi marido, digo del suyo.

CATALINA.- ¿Y qué quiere Vicente?

SEBASTIÁN.-

(Animándose un poco.) Vicente, no sé; pero su marido.... Bueno:
Me dice Severo
que a la paz de Dios,
que la tarta helada
me la lleve yo.

CATALINA.- (Observándole escéptica.) ¿Eso es todo?

SEBASTIÁN.- Vaya, todo, todo no. (Y rápidamente se toca la oreja izquierda dos veces con la mano derecha y una el pelo con la izquierda.)

CATALINA.- (Sonriente.) Ya. Muy bien. Muy bien.

-91-

SEBASTIÁN.- (Riendo nerviosamente.) Muy bien, muy bien.... (Vuelve a repetir el gesto de antes un par de veces.) Muy bien, ¿verdad?

CATALINA.- Pues, sí. Hala, vamos por la tarta. (Se la da y él la toma con las dos manos.) Pero hay que ver el parecido que tiene con su primo. Se parecen como una rueda a otra rueda.

SEBASTIÁN.- Es que somos muy primos.

CATALINA.- No tanto, no tanto. En esto siempre se exagera algo. (CATALINA toma dos botellas.)

SEBASTIÁN.- Sí, sí, muy primos, porque somos primos por parte de padre y primos por parte de madre.

CATALINA.- Anda. Entonces todo queda en la familia. Y se llamarán igual, ¿no?

SEBASTIÁN.- Los apellidos, sí. El nombre, no. El se llama Liborio, ¿sabe?

SEVERO.- (Aparte.) Con que primos, ¿eh?

LIBORIO.- (Aparte.) ¡Ay, Dios, que te embrollas! (Para atraer su atención empieza a silbar la musiquilla de «Sebastián, Sebastián».)

CATALINA.- (Dándole dos botellas.) Vamos a ver. Así, una en cada mano. (Se las hace tomar por el cuello, de forma que queden simétricas con la tarta.) Eso. Y ahora dos botellas de clarete.

SEBASTIÁN.- (Sorprendido.) ¿Dos más?

CATALINA.- Sí, porque mi marido es primo de su primo.

SEBASTIÁN.- (Confuso.) ¿De cuál?

CATALINA.- No tema, no tema. De su primo Vicente. -92- Así. Levantando un poco los brazos, se pueden llevar estas dos botellas bajo el sobaco. (Se las coloca.) Y quedan muy bien colocadas. (Repara que del bolsillo le salen hojas de ajos puerros. Tira de ellas y saca uno.) ¿Qué es esto?

SEBASTIÁN.- Ajos puerros, señora. (Tiene prisa por irse.) Adiós.

LIBORIO.- (Aparte.) Lo que faltaba: los ajos.

CATALINA.- (Reteniéndole. Como si no pasara nada.) ¿Y eso para qué es?

SEBASTIÁN.- (Escabulléndose.) Para curar los callos.

CATALINA.- Oiga, mi marido tiene callos.

SEBASTIÁN.- Pues lo celebro. (Se va.)

LIBORIO.- (Con cautela.) Rápido, Sebastián, que te pillan.

SEVERO.- (Saliendo precipitadamente.) ¿Conque estas tenemos?

LIBORIO.- Estamos perdidos.

(Se arma gran jaleo en la escena. SEVERO persigue y los otros dos corren dando vueltas.)

SEVERO.- ¡Ah, sinvergüenzas, bribones! Conque primos....

LIBORIO.- No corra, señor, que le dolerán más los callos.

SEVERO.- Calla, traidor, criado infiel, horrible aprendiz.

SEBASTIÁN.- ¡Ay, que se me cae la tarta!

-93-

SEVERO.- La tarta y el pastel, bandidos, embaucadores. (CATALINA se suma a la persecución y a las vueltas. Los gritos inconexos de ellos tienen como fondo la música viva y fuerte de «Tú tienes un pastel».

Voces de: «¡Bandidos!», «¡ladrones!», «¡pillastres!», «¡malandrines!», «¡golosos!», «¡menudos primos!», etc., que alternarán con los ayes, y «¡no volveremos más!», «¡no robaremos más!», «¡los callos...!», etc. Hasta que se hace el oscuro.)

Cuadro VIII

Ha vuelto la calma. Los dos PÍCAROS están sentados en el suelo, como de paso, con un saco delante. Luz tenue. LIBORIO habla con entusiasmo algo mezclado con nostalgia. SEBASTIÁN le escucha con nostalgia también, pero con visible escepticismo. No interrumpe el monólogo de LIBORIO, sino que de vez en cuando lo subraya con un «ya» o con un «sí».

LIBORIO.- Y entonces mi amo, que se llama Severo, me dice: «¡Bravo, muchacho! Estoy muy satisfecho de ti porque me has curado los

callos. Estoy tan contento que casi me vienen ganas de saltar -93- y de bailar. Hacía años que no me sentía tan aliviado como ahora. Esto tenemos que celebrarlo con un buen banquete». Y empezó a obsequiarme con toda clase de pasteles. Yo lo veía y no me lo acababa de creer. Pasteles y más pasteles. Tartas y más tartas. Mazapanes, requesones, carquiñol, agujas, mostachones, bartolillos, palmeras, polvorones, galletas de coco, barquillos, ensaimadas, pastel de liebre, hojaldres, tarta de almendras. ¿Y frutas en confitura? No veas, muchacho. Guindas al coñac, compota de manzanas, melocotón en almíbar, naranjas en azúcar, pomelo con nata, plátanos en macedonia.

Y yo comía y comía. Y mis amos, Severo y Catalina, satisfechos, me decían: «Ánimo, muchacho, un poco más, que todavía quedan más cosas, que todavía no hemos llegado a lo mejor». Y venían luego las cremas, los flanes, el sorbete de frutas, los batidos de fresa.... Y volvían las montañas de merengue, y las bandejas de huevos a la nieve, agujas rellenas de pescado, y saboyanas al ron, y yemas de Santa Teresa, y unos soberbios brazos de gitano larguísimos que no había por dónde empezar... y arrope de miel muy espumada, y tortas de todas clases, torta de reyes, nochebuenos con piñones, coscaranas, alpastelas con alegría, medianoches, roscones, carlotas a la leche, mojicones, mantecadas, bizcochos, magdalenas, suizos, caracas, bambas, arepitas, trenzas, almojábanas..., -94- y tantas y tantas cosas agradables, que ya me atragantaba.... (Tose un poco.) SEBASTIÁN.- Claro, claro (Con escepticismo.), con tanta cosa buena....

LIBORIO.- Parece que no te lo crees. Yo lo único que pensaba....

SEBASTIÁN.- ¡Ah! O sea que tú con tanto comer todavía tenías tiempo para pensar....

LIBORIO.- No te burles, Sebastián. Lo único en que pensaba era: «¡Qué lástima que no esté aquí Sebastián, porque de seguro que saca la tripa de mal año!».

SEBASTIÁN.- (En el colmo de su escepticismo.) Vaya, hombre, encima eso. ¡Lo que uno tiene que oír! (Bosteza. Se oyen tres campanadas.) ¿Seguro que todo esto no lo has soñado?

LIBORIO.- ¿Soñar? ¡Qué va! Tan cierto como que acaban de dar las cinco.

SEBASTIÁN.- (Levantándose y tomando el saco.) Entonces vámonos a hacer la digestión.

LIBORIO.- (Incorporándose.) Oye.

SEBASTIÁN.- Nada, hombre, nada. Vámonos. (Emprenden la marcha. Música de «Tú tienes un pastel», lenta y nostálgica. Sale CATALINA y cuelga el cartel Se necesita aprendiz. Ella ni los observa. Ellos se vuelven y miran el cartel desde lejos.)

LIBORIO.- Oye, ¿y si nos decidiéramos a trabajar?

SEBASTIÁN.- Bueno. Yo creo que alguna vez tendríamos que aprender.

-96-

LIBORIO.- ¿Aprender? ¿Aprender a qué?

SEBASTIÁN.- Aprender a trabajar.

(Música más alta. Ellos se marchan definitivamente. Mientras queda visible el cartel y CATALINA de perfil, retirándose, cae definitivamente el telón.)

[Facilitado por la Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes](#)

2006 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

Sútese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#) www.biblioteca.org.ar

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](#). www.biblioteca.org.ar/comentario

